

sino á la masa. Su niñez se deslizó al amparo de un tío suyo, de nombre Campuzano, sastre del Moquete, sin que el historiador haya podido descubrir entre las lejanas y oscuras sombras que rodean la infancia de un hombre del pueblo, hasta qué grado el niño ejerció sus primeros talentos en el taller de sastrería de su tío. Lo que sí se sabe es que ya avanzado en la adolescencia entró como empleado en Matamoros á una tienda que era á la vez comercio de abarrotes y panadería, y que allí estuvo trabajando en este último ramo. Después hubo alguien que le viera fungiendo de cantinero en la cantina de un tal Galbar, español también, y allí acaba la parte privada y tranquila de su vida, y luego se le ve perderse y aparecer alternativamente en las peripecias de una vida de combate.

El historiador tiene derecho á apoderarse de esta última como de un capítulo suelto de nuestra vieja historia revolucionaria. — ¿Por qué se ha ocupado también, aunque levemente, de su primera vida privada y oscura?—Porque para el historiador no son elementos vedados ni indiferentes en el pasarlo de un hombre histórico los que arroja el

período temprano y oscuro de sus días, cuando en ellas puede encontrarse el germen y la explicación de cualidades desarrolladas y hechos verificados en el trascurso de su vida pública.

De estos hechos: se le expuso de recién nacido á las fatigas de relativamente larga traslación y los rigores del clima; tuvo por director de su infancia á un sastre y fué dependiente de comercio y en tiendas españolas, (*) ¿no surgirá de ellos en lo sucesivo del relato alguna ilustración conveniente á este estudio histórico que ante todo quiere ser sincero?

VII.

Gonzalez, militar conservador.

Tocaba ya á los 21 años en su humilde oficio de dependiente, y corría el año de 52 fecundo para

(*) Esta circunstancia de servir á españoles y andar siempre entre ellos, le atrajo desde entonces el apodo de *gachupin*.

México en motines locales que obraban sobre la sociedad tumultuaria de entónces como chispa en paja seca, trasformándose en poco tiempo en revoluciones nacionales. Un hombre del pueblo, Blancarte, de oficio sombrerero, asaltaba el palacio gubernamental de Guadalajara con un grupo de obreros de su misma industria, y aquel movimientillo que derrocó inmediatamente á un gobierno local, fué creciendo en pocos dias hasta derribar al gobierno federal y liberal del presidente Arista.

Así se hacian la mayor parte de nuestros generales y caudillos en aquellos buenos tiempos. Un hortera con doce pesos de sueldo mensual, con los brazos desnudos bajo la manga enrollada de la camisa, sentia derepente que el cucharón de madera con que despachaba *tlacos* de manteca, tomaba en su puño cierta forma de espada, lo blandía con entusiasmo y desde entónces no acechaba más que una pequeña ocasion para salir de la tienda á hacerse general. La vida de mostrador en los pequeños comercios, miserable y sedentaria, con las horas y los dias iguales, dedicados al mismo trabajo mecánico y rudo y sin otra perspectiva de porve-

nir que la de hacer subir el sueldo hasta el límite infranqueable de 50 ó 60 pesos, es la más propia para encender en ansias de lucha á los hombres de vigor y de ambicion.

Para Manuel Gonzalez tenia que ser esa vida como un encadenamiento; tenia que reventar su cadena y saltar, por una ley de organizacion. Y saltó en efecto, en un dia de aquel año, por sobre el amasijo, sobre el mostrador, sobre todos los obstáculos que el cálculo ó la necesidad oponen al impulso de los jóvenes pobres.

VIII.

Gonzalez, santa-annista.

Habíase entronizado Santa-Anna tras de la caída de Arista. La filiacion de Gonzalez directamente española por el lado paterno, su prolongado contacto con españoles y subordinacion moral á los mismos, debieron haberle infundido ideas y sentimientos comunes en ellos. El amor á la autoridad

unitaria, al relumbre del fuero y del título, á los ceremoniales del tratamiento, al gobernante ungi-do bajo el palio del obispo, es sentimiento fuerte, natural, casi ingénito en el hombre de España. En la raza española de los nacidos en América ese sentimiento se pierde ó se debilita, también natu-ralmente, en virtud de cierta atmósfera moral de simplicidad y de igualdad; pero esta ley constante tiene una excepcion, y es en el caso de que en el hispano americano resulte destruida la accion de esa atmósfera por la influencia española de la so-ciedad particular que le circunda. Fué este el ca-so de Gonzalez. Por eso tuvo que ir á dar á las filas de la reaccion santa-annista como van los rios á la mar. Segun consta en el Escalafon del ejército, en 5 de Abril de 1853, Manuel Gonzalez sentó plaza de soldado raso.

De soldado á cabo, de cabo á sargento segundo y primero, y de ahí á subteniente y teniente, pasó el jóven Gonzalez en virtud de un movimiento de as-cension rápida. Sus ascensos se verificaban de mes á mes. Fuerte, hasta parecer que su fuerza domina-ba y destruía en él las funciones necesarias á la vida; capaz de hacer á pié jornadas de veinte le-guas sin rendirse; capaz de pasarse varios dias sin comer, ni beber ni dormir ó durmiendo al paso y con el fusil al hombro; cuerpo que la naturaleza produjo en uno de sus más locos esfuerzos para tener en él quien la desafiara á ella misma; la ley orgánica se estrellaba en su organismo; la nutricion podia ser en él efectuada por frutos silvestres (*gua-yabas, tunas, jicamas*); el sueño no necesitaba del reposo para adormecerle, la sed se le apagaba con agua recogida del charco inmundo, en el hueco de la mano. Cuando un hombre así organizado pene-traba en las filas de nuestro ejército, no tenia más

que presentarse y revelar su fuerza para hacerse acreedor á las estrellas de coronel. En aquel tiempo más que hoy la fuerza física era el gran mérito del soldado. El que se cansaba y rendía en el camino, mal nutrido y saciado, después de tres días de marcha continua, era atravesado por la espada del jefe en el mismo lugar donde caía; el que proseguía, sin sucumbir ni quejarse, era el solo que, mediante una mención honorífica del jefe, podía tener probabilidades de empezar á entrar en la gloria. Era ella la gloria militar, no del hombre, sino del músculo.

Este capítulo de historia personal tiene que pasar rápido sobre ese período extraordinario, y para otros de vasto análisis, que se llamó la dictadura de Santa Anna. Ella había empezado á vacilar entre los tiros de la revolución y las risas del pueblo desde el año de 1854. D. Juan Alvarez la ba-

tía con redoblados golpes de ariete, desde sus montañas del Sur. Pero más que por la acción exterior, moría por su misma organización enferma y carcomida en el corazón por el gusano del ridículo. Un gobierno con un jefe que se hace llamar en femenino *Serenísima*, que se pregona á sí mismo *caballero gran Cruz de la orden de Carlos III*, que ha comido la troncha del soldado y tiene sin embargo en su palacio gubernamental una *sala del trono*, un gobierno que instituye órdenes como la de Guadalupe y toma de la ciudad algunos señores que suelen ponerse la chaqueta y el sombrero del charro, para armarles caballeros de dicha orden y hacerles llevar *mantos y sombreros á la mosquetera, de ala levantada, y plumage*; un gobierno, en fin, cuyo jefe se hace proclamar alguna vez *Emperador Constitucional* y alguna otra *Gran Elector y Gran Almirante y Mariscal de los Ejércitos*, que sale al paseo público en carroza precedida por cincuenta batidores y que carenta con letras de imprenta todos sus títulos y condecoraciones para decretar que los faldones de las levitas de los artilleros sean más largos y sus

solapas lleven *dorados en forma de sierra* y usen sombreros montados, ese gobierno puede vivir en cualquier parte ménos en México que mata con la risa á todo lo que á fuerza de intentar ser serio degenera en grotesco, como los ingleses matan con la seriedad á todo lo chistoso. El dictador Santa Anna murió políticamente en México de risa pública como habia muerto de la misma muerte el emperador Solouque en Santo Domingo. Los balazos de Alvarez y Comonfort no pudieron más contra él que el apodo satírico é indiano de *hueenhuenches* aplicado á sus caballeros de la Orden de Guadalupe.

Qué partecilla tocó á Gonzalez, soldado insignificante, en esa gran caída, es difícil determinarlo. El grano de arena, imperceptible en sí mismo, lo es más en medio de un remolino. El subtenientito que al recorrer en órden las calles al frente de su compañía, pasa sin ser notado, por más que mire fieramente bajo la visera de su kepi, se hace microscópico en el tumulto de una fuga por las veredas, cuando el soldado, con los pantalones remangados hasta las rodillas, perdidas sus insignias

y hasta sus facciones bajo el polvo y el lodo del camino, se trasforma en bohemio de guerrilla, Baste decir que Manuel Gonzalez, con su grado de subteniente, perseveró tras la caída de Santa Anna, en el pecado de la reaccion conservadora, y pasó de Tamaulipas hácia otro campo de accion en que se le verá figurando en medio de otra más activa lucha, conocida en nuestra Historia bajo el nombre de guerra de Reforma.

XI

Gonzalez, antireformista.

Seguir á Gonzalez á través de la revolucion de Reforma es como seguir con la vista al peñasco que va rodando desde la cumbre de una montaña, oculto casi siempre por su misma marcha vertiginosa y no revelándose á la mirada más que por intervalos, por apariciones súbitas en los claros de la espesura, allí por un salto dado sobre otra roca

con que tropieza y más allá por la arboleda que se agita, las ramas desgajadas y los troncos doblados á su terrible choque. Más que la vida militar del soldado *mocho*, puédense referir sus episodios sueltos. Cada uno de ellos es la aventura de un Tenorio de vericuetos en quien al amor por las mujeres, ha sustituido el encarnizamiento por una causa política. Aquel Tenorio tuvo también su D. Luis Mejía. Tal era el nombre de un jefe liberal, hermano del histórico general y Ministro D. Ignacio Mejía, quien ocupando á Tamasola fué asaltado por tropas reaccionarias en que militaba González, saliendo éste herido de un balazo en la cara. La bala, resbalando en su carne, dura como una costura, dejó una herida que él recibió tan impasiblemente como se recibe el rasguño de una mano cariñosa. Había nacido para ser acariciado más que ofendido por el hierro, y su herida cerró luego, no sin dejar en su mejilla áspera arruga que le duró toda su vida para acentuar la expresión belicosa de su rostro.

Ya por el tiempo de ese percance se había unido y subordinado á un jefe español de tenebrosa histo-

ria que se hacía llamar el General José María Cobos. Ligado manifiestamente en hazañas de plágio, crimen desconocido hasta entónces y despues ejercido por muchos imitadores en el país, su personalidad vacilaba entre el militar y el bandido. Era, sobre todo, un generalazo matador por hábito, guerrero, no en consideracion á la guerra misma, sino á lo que ella tiene de espoliacion y de hotin, salvaje con el enemigo durante la pelea, cruel y verdugo con el prisionero despues de ella.

El campo de accion de este jefe era el Oriente del país. Los Estados de Oaxaca, Chiapas, Veracruz están llenos de su triste recuerdo. En ellos perseguia á la revolucion liberal suscitada por el partido continuador de la dictadura de Santa Anna, y los detalles de esa persecucion no se oyen sino con estremecimiento. Una de las más frecuentes crueldades de él y de los suyos con los prisioneros era el arrastrarlos de los piés por medio de zoga liada á la cabeza de la silla del ginete arrastrador. Cierta dia memorable, á la sazón que Cobos habia ocupado la capital de Oaxaca, uno de los suyos, español también, de nom-

bre Dominguez, se distinguió por un ligero apéndice que añadió á esa operacion del arrastramiento. Cuando hubo arrastrado á toda la carrera de su caballo, sobre el suelo erizado de piedras, á un prisionero liberal, le dejó tendido y moribundo en medio de la plaza principal, frente á la puerta del Palacio del Gobierno. En seguida, bajando del caballo y tomando la pólvora que contenia el cartucho de un centinela de Palacio, la aplicó sobre los dos ojos de la víctima y le prendió fuego con la lumbre de un puro.

El historiador no puede imputar á Gonzalez una determinada participacion en estos actos de salvagismo que suponen mayor ó menor complicidad en todos los miembros de la faccion. Ella, en conjunto saqueó el Real del Monte; y no perdonó ni á las mujeres que, cuando no sufrían males mayores, eran por ella expuestas al ridículo, como lo fueron las de los soldados liberales y del pueblo de la ciudad de Oaxaca tomada por asalto, y á las cuales la faccion de Cobos castigó en sus cabelleras sometiéndolas á general tonsura. Pero, indudablemente, la memoria de los contemporáneos y testigos de tan odiosas jornadas, puede

todavía recordar la figura de Manuel Gonzalez dibujándose distintamente entre la polvareda y los nubarrones de los humazos. Aun se le recuerda en su traje de medio uniforme, con un sombrero de ancha ala, de esos que se llaman en el país alemanes, y montado en su caballito cojido la vispera de cualquier parte, para ser reventado al siguiente, se le recuerda marchando al lado de José M. Cobos de quien fué ayudante.

Aun hay quien precise hechos. Un dia dirigió Gonzalez en la ciudad de Oaxaca una operacion de *leva* de que no se escapaba hijo de vecino que asomase el cuerpo fuera de la puerta de su casa. A cada hombre caído por su mala fortuna en la trampa de la *leva*, exigiale el ayudante de Cobos un fusil, para soltarle libre. Había al efecto, expuesto á la venta, en la plaza principal, un haz de diez fusiles viejos de su propio armamento. Al forzado que se disponía á pagar á tal precio su rescate, se le obligaba á comprar un fusil de aquellos. Entraba el precio (10 ó 12 pesos) en poder del simulado paisano vendedor, entraba el fusil al cuartel, salía de él el hombre libre; y cuando el haz de fusiles iba desapareciendo en la plaza en